

Algunos interrogantes

¿Son realmente cristianos todos los que han recibido el bautismo? ¿Tendrán ya fe por el mero hecho de haber sido bautizados? ¿Cuál será la relación Fe-Bautismo? ¿Qué móviles les induce a acercarse a los Sacramentos? ¿Qué es lo que al cristiano le hace ser cristiano: recibir el bautismo, ir a Misa, casarse por la Iglesia, o más bien aceptar a Cristo? ¿Puede uno tener fe y no vivirla? ¿Ser muy religioso y no tener fe? ¿Tener fe y no practicar?

Los interrogantes podrían multiplicarse. Otros irán saliendo en las líneas que siguen.

"No se ha de suponer fácilmente la existencia de la fe detrás de cualquier expresión religiosa aparentemente cristiana", afirmaron los Obispos reunidos en Medellín para la II Conferencia General del CELAM y, por consiguiente, no podemos quedar tranquilos "con la idea de que el pueblo en su conjunto posee ya la fe", ni satisfechos "con la tarea de conservar la fe del pueblo" (vol. II: Conclusiones, p. 118).

Con frecuencia he oído a sacerdotes dos cosas que cada día me convengo más son erróneas y perjudiciales:

Todos conocemos la **teoría** y estamos de acuerdo; el problema es la **práctica**, el cómo actuar.

—Menos escribir y pensar, y más hacer.

Ni hemos llegado a un conocimiento auténtico de la realidad pastoral y mucho menos estamos de acuerdo; ni es lo primero hacer, sino reflexionar. El tiempo de nuestra acción, cedido a la reflexión, es tiempo ganado para la misma acción. A pesar de la escasez de sacerdotes, ganaría mucho el apostolado en Latinoamérica si hubiera más personal dedicado al estudio y reflexión de la Pastoral, a un trabajo apostólico supraparroquial, y si los mismos Pastores quitaran algún tiempo a sus actividades para reflexionar en privado y en conjunto sobre la realidad religiosa, eficacia y autenticidad de su acción.

1.—La fe humana: confianza basada en un conocimiento

La fe se da siempre a escala interpersonal. En el plano de persona. Se cree en alguien, no en algo. La fe es la aceptación de otra persona.

Este encuentro sólo puede darse entre personas humanamente adultas. Un niño, un hombre psicológicamente infantil, ni puede abrirse ni puede comprometerse. Ni puede dar ni recibir. Sólo una persona adulta, en sentido pleno; puede aceptar y comprometerse con otro.

Eso es fe. Aceptar a alguien. Y es fe porque nunca podremos penetrar totalmente en el otro. Queda mucho oculto. La persona es un misterio, pero lo que conocemos de él nos permite tener fe en su sinceridad, en su palabra. Creemos lo que él nos dice.

Hasta aquí en el plano de la fe humana. Trasladémonos a la fe divina.

2.—Fe divina: confianza en Cristo

El encuentro es ahora entre Dios y cada uno de nosotros. Dios se nos ha revelado, nos ha comunicado su vida. Nos ha manifestado su amor. Es el Dios de la revelación en quien nosotros hemos de creer.

Dios nos habla. A través de su Palabra nos va mostrando parte del misterio de su ser.

El hombre recibe esta Palabra, la escucha atentamente, acoge su contenido, se entrega a la Persona de Dios que habla.

Dios se nos manifestó plena, totalmente en Cristo. Cristo es el centro de nuestra fe. Nosotros le aceptamos plenamente. Cristo es el Salvador. Cristo es la revelación plena del Padre. Tenemos fe.

Esta fe es una adhesión sin reservas a la Persona de Cristo.

Al adherirse a la persona de Cristo se opera en el hombre un cambio, una transformación, una conversión.

No podemos entretenernos, pero sin conversión de vida no ha podido haber un verdadero encuentro con Cristo. Y la conversión requiere su tiempo. Normalmente hay que desconfiar de las conversiones bruscas. Podemos ser víctimas de algún influjo inmediato que no nos permite reflexionar. No somos enteramente libres. Y la conversión, la fe, exige libertad, libertad plena, que sólo el hombre adulto tiene.

¿Tienen Fe nuestros católicos?

HACIA UNA FE ADULTA

La conversión nos lleva a tomar un nuevo estilo de vida, un nuevo rumbo, un nuevo enfoque a nuestras acciones temporales, cotidianas. La transformación tiene que manifestarse en todos los aspectos de la vida.

La fe nos compromete. Nos compromete a ser fieles, a vivirla, a dar una respuesta a Dios, a dar testimonio de vida...

3.—Tres momentos: Llamada, Aceptación, Compromiso

En el acto de fe caben distinguirse tres momentos: llamada, aceptación (respuesta) y compromiso. Pero son tres momentos de un solo acto.

a) Dios llama. Dios toma siempre la iniciativa. Llamó a Abraham, a María, a Pablo... Llamó al pueblo de Israel, llamó a todos los hombres. Nos llama a cada uno de nosotros. Y nos llama en particular, por nuestro nombre. Porque nos conoce a todos.

b) Nosotros oímos esta llamada. La aceptamos. Damos nuestra respuesta. Como respondieron los Patriarcas, los Profetas... Como respondió María: "He aquí la sierva del Señor" (Lc. 1, 38). Como respondió Saulo y se convirtió en el Gran Apóstol... como respondieron los primeros cristianos, según se nos relata en los Hechos: "Al oír esto se dolieron de corazón y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué tendríamos que hacer, hermanos?... Convertíos y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Jesucristo..." (He. 2, 37-38).

c) Compromiso. Ya lo dijimos más arriba. De la respuesta dada a Dios brota el comprometer nuestras vidas. Entonces, ¿se puede tener fe y no vivirla? ¿Es acaso el compromiso una mera consecuencia externa de la fe, que se puede cumplir o no, pero que nada dice a la fe en sí? Sería como afirmar que Pedro y Juan son amigos, pero son diferentes, se desconocen. En la amistad eso no cabe. En la fe, tampoco. Decir: Creo en Dios, pero me es indiferente, es una mentira. No, el que cree en Dios vive necesariamente esa fe. Y su vida entera estará comprometida con esa profesión.

¿Cómo vivir esta fe? "Los que aceptaron, pues, su palabra se bautizaron... Y se mantenían adheridos a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones... Y todos los creyentes a una tenían todas las cosas en común y vendían sus posesiones y sus bienes y las repartían entre todos según las necesidades de cada cual..." (He. 2, 41-45).

LA REALIDAD CRISTIANA EN NUESTRO CONTINENTE

1.—Una mirada retrospectiva

El paso de los indígenas al Cristianismo fue rápido y general. Cuáles fueron los motivos es lo que yo, al menos, no sé certeramente.

¿Aceptarían personalmente a Cristo todos? Me cuesta creer en una auténtica y perfecta conversión personal de todos y cada uno. Demasiado rápido, demasiada gente. Más bien me inclino a pensar que lo que aceptaron no fue tanto la fe en Cristo como la religión de los misioneros, de los conquistadores, la religión

EN NUESTRO CONTINENTE

Dionisio Jiménez González O.P.

cristiana. Se impone una distinción entre la fe y la religión. No una separación total, pero sí distinción.

Y el cristianismo es, sobre todo, una fe. Una fe sin religión no sé cómo resultaría. Algunos abogan por ello dentro del cristianismo. Quizá con el tiempo. Hoy por hoy, la fe va expresada en la religión cristiana. La religión es un fenómeno que existe.

Sin embargo, eso no quita que personas de fe sincera sean tal vez poco religiosas; y por el contrario, hombres sumamente religiosos apenas tengan fe. No podemos confundirlas. Dentro del Cristianismo, lo que importaría sería la fe.

Probablemente, lo que hicieron, en su mayoría, los nativos fue un cambio de religión. Esto, máxime en pueblos primitivos, no ofrece mayores dificultades, y los móviles pueden ser muy bien humanos: la bondad de los misioneros, el poder de los conquistadores, la situación social, el paso del jefe, etc., etc.

Sociológicamente se admiten diversos niveles en la vinculación a un grupo. Esto se ha querido también aplicar al Cristianismo. Y como religión, me parece perfecto y exacto el intento, pero como fe, no acabo de comprender. Sólo los del nivel superior, los comprometidos, parecen tener fe porque son los que dan una respuesta positiva a las exigencias del grupo.

Una vez que los primeros evangelizados aceptaron la religión cristiana, lo demás fue empresa fácil. Parece que los primeros misioneros tenían muy bien organizada la catequesis o al menos la instrucción religiosa. Una instrucción religiosa muy propia de la época y válida para las circunstancias que vivían.

En la evangelización de América Latina tal vez faltó la predicación del kerigma, el anuncio directo del mensaje salvífico de Cristo. O al menos fue tan precipitado que la respuesta de aceptación no fue suficientemente madurada para ser auténtica. E inmediatamente se pasó a la catequesis.

2.—Hoy ¿hay fe en nuestros pueblos?

a) Nuestros cristianos no son comprometidos

Al árbol se le conoce por sus frutos, y al que es de Cristo por sus obras: "En esto os conocerán que sois mis discípulos: si os tenéis amor unos con otros." (Jn. 13, 35), es decir, el amor.

Para medir la fe del pueblo cristiano no vamos a fijarnos en ciertas expresiones más o menos estereotipadas, ni en los ritos religiosos, sino en el compromiso cristiano. Debemos formar "una comunidad de fe, esperanza y caridad".

No es preciso ser muy perspicaz ni descender a mínimos detalles para ver que las grandes manifestaciones del compromiso cristiano brillan por su ausencia.

No se respetan los derechos humanos, no se practica justicia con el pobre, el abandonado, el necesitado.

No se reparte el pan con el que tiene hambre.

En lugar de ayudar a levantar al caído en desgracia, se le hunde aún más.

El egoísmo y la envidia abundan por doquier. Con tal de que yo alcance buena posición, allá los otros

Se miente, se engaña, se falsifica, sin el menor escrúpulo

El bien común está siempre postergado a los intereses personales...

En fin, ya lo dijimos. No podemos descender a detalles. Penetrar en los campos determinados de la justicia, de la política, de la educación, de la vida profesional, familiar y hasta de la propia religión, sería algo interminable, para acabar siempre viendo que no se vive ni se piensa en cristiano, que nuestra vida no está acorde con la fe que decimos profesar y que, por consiguiente, eso no es fe en el sentido exacto de la palabra.

Baste, si se quiere, leer los Hechos de los Apóstoles o las cartas de San Pablo, y compararlos con la vida de nuestros cristianos.

Se me podría argüir que no podemos pedir a todos una fe pura, vivida en todas sus exigencias. Naturalmente. Pero es que no se lo estamos pidiendo. Puede haber y de hecho hay infidelidades, incluso plenamente conscientes, como las hay en la amistad.

Pero lo que aquí juzgamos no son los actos concretos, sino las actitudes de nuestros cristianos. En un momento dado uno puede ignorar a un amigo, como lo hizo Pedro con Cristo, y se puede seguir hablando de amistad, de fe. Pero cuando es la vida íntegra la que ignora la presencia de Cristo, ahí ya no se puede hablar de fe.

b) Falta de conocimiento de Dios

"¿Y cómo podrán tener fe en aquel de quien no oyeron hablar? ¿Y cómo van a oír sin que nadie lo proclame?" (Rom. 10, 14)

No se puede aceptar lo que no se conoce. El modo de conocer a Dios es normalmente a través de la predicación.

Gran parte de nuestro pueblo, especialmente en los siglos pasados, apenas recibieron predicación alguna.

Además de una predicación escasa, adolecía de los defectos de todos conocidos: demasiado moralizante, demasiado ritualista, demasiado individualista... Presentó un cristianismo muy deformado. Se predicó mucho sobre las devociones: las figuras de María y los santos fueron muy desvirtuadas, se las desligó del Misterio Redentor de Cristo.

Aun hoy, estos defectos tienen fuerza. No basta un sermón, por largo que sea, antes de la Confirmación; no es suficiente una rudimentaria catequesis infantil ni las "homilias" de los domingos.

Con la liturgia pasa lo mismo. A través de la liturgia también podemos llegar al conocimiento de Dios.

Nuestra liturgia ha adolecido de los mismos defectos que la predicación. Los sacramentos reducidos a puros ritos. Y unos ritos ininteligibles, unos ritos que personas que busquen algo se sentirán defraudadas. Preocupaba —y tal vez siga preocupando— la "validez", "forma y materia". Nos olvidábamos que son la celebración de una acción de Cristo.

Por otra parte, fuera de los sacramentos, la liturgia no se centraba en el Misterio de Cristo. María y los santos, con frecuencia sin relación directa a Cristo, llenaban toda la liturgia. Novenas, triduos, procesiones, santuarios, peregrinaciones... todo sin un enfoque cristocéntrico, litúrgico...

c) Fe infantil. Fe adulta.

Por otra parte, tampoco podemos rechazar así a priori todas las manifestaciones religiosas de nuestro pueblo. ¿No habrá nada de fe en ellas?

"Tampoco ha de negarse arbitrariamente el carácter de verdadera adhesión creyente y de participación eclesial real, aun cuando débil, a toda expresión que manifieste elementos espúreos" (Conclusiones de la II Conf. Gen. del CELAM en Medellín, p. 118.)

Esta participación débil nos hace admitir una fe imperfecta, no desarrollada, una fe infantil. Motivada o por la falta de madurez humana en la persona o por el conocimiento imperfecto que se tenga de Dios.

Una fe plenamente adulta, muy pocos serán capaces de poseer. Cierto. Como personas plenamente adultas también son muy pocas.

Pero tras lo que acabamos de ver, el compromiso cristiano de nuestras gentes y su conocimiento de Dios, tenemos que concluir que la fe de la gran mayoría de nuestro pueblo es demasiado infantil, muy débil e imperfecta. Donde la haya.

Esta división de la fe no debe confundirse con la diversa vinculación de que se habla a los grupos socio-culturales-religiosos, donde vienen a admitir varios tipos de cristianos, condenando a que los haya siempre de segunda categoría. La solución misma que proponen es tratar de que los más pasen del nivel inferior al superior.

Pero corremos el riesgo de identificar los de nivel superior con los "activos", los que pertenecen a asociaciones católicas, los que más practican. Y podemos equivocarnos. Una persona muy practicante, muy piadosa y hasta muy activa, "muy de Iglesia", diríamos, puede tener y vivir más imperfectamente la fe que otra no tan metida en las cosas de Iglesia.

EXIGENCIAS PASTORALES

Después de todo esto, el trabajo apostólico no puede consistir simplemente en una instrucción religiosa. Es preciso predicarles la fe, anunciarles el mensaje salvífico o tratar de que el hombre desarrolle esa fe que tiene en gérmenes. Cosas que no se van a lograr con simples conocimientos de la religión y normas moralizantes.

1.—Promoción y libertad humana

El primer paso a dar en esta reevangelización de América Latina —Mons. Ruiz, en su ponencia en la II Conf. Gen. del CELAM, abogó por que "sea declarada América Latina en estado de misión y se programe y se actúe en ella un profundo trabajo de evangelización"— tendrá que ser una promoción humana a escala personal. Que el hombre sea consciente de su dignidad humana. Que se sienta como persona. Porque la fe es a escala personal.

Una vez traté de convencer a un grupo de hombres que la embriaguez y otros vicios, como la bestialidad, denigraban nuestra dignidad humana. No tuvieron inconveniente alguno en admitirlo. Pero sencillamente eso a ellos les traía sin cuidado.

Pues mientras estos hombres no estén en capacidad de sentirse personas, de respetarse como tales, el mensaje cristiano les va a resbalar. No tienen capacidad para ser cristianos. Ahora bien, estos hombres están todos bautizados.

Hay que poner al hombre en capacidad de oír la llamada de Dios. Debe enfrentarse con Dios. Escuchar su Palabra y tener capacidad de responder y comprometerse.

Para eso debe estar libre de toda traba físico-síquico-moral que lo impida. Si el hombre vive en condición infrahumana —no tanto económica como síquica y moral— no está en situación de encontrarse con Dios. No puede hacer actos de fe.

Educar en la libertad. Formar la libertad. Cuando un hombre da un sí en un momento en que no puede decir no, ese sí no tiene valor alguno. Porque no es libre. Aunque no estén con un revólver detrás.

2.—Presentar al Dios auténtico

Nuestra predicación, nuestra liturgia, deben ser tan auténticas y sinceras que a través de ella puedan encontrarse con Dios. El proceso de descristianización en las esferas intelectuales se debe en gran parte a que les estamos presentando una religión para niños, para personas infantiles. Parecen cuentos.

Podemos presentar a Dios partiendo de las experiencias humanas, de las grandes aspiraciones del hombre; o directamente el Dios de la Revelación que nos salva.

La segunda forma resulta muy abstracta. La primera nunca nos va a llevar al Dios de la Revelación, nos lleva a un tipo de religiosidad más o menos natural. Al fin y al cabo, el que da la fe es Dios.

Es preciso una combinación de los dos métodos. Partiendo de las grandes aspiraciones humanas y encontrando para cada una de ellas la respuesta positiva en Dios. Ya nos respondió Dios en su Revelación. Esto es importante.

No basta que ante nuestra impotencia frente a un problema

tengamos que admitir la existencia de un ser superior. En caso de admitirse este Ser, no es todavía el Dios de la Revelación que tomó la iniciativa en el diálogo con el hombre. Aparte de que todos sabemos que lo que para la ciencia hoy es una incógnita, mañana puede dejar de serlo.

Antes se creía en la intervención inmediata de Dios en muchos fenómenos naturales, hoy fácilmente explicables.

Con el mismo motivo tendría yo que admitir la intervención directa de los espíritus, pues no sé explicar ciertos fenómenos que, sin embargo, no dudo tienen una explicación natural.

Corremos el peligro de colocar a Dios allí donde humanamente nos sentimos frustrados.

3.—Purificar nuestro cristianismo de supersticiones

Dentro del catolicismo de las zonas rurales, quizá sea éste el problema más delicado y al que no se le presta la debida atención. Se confía demasiado en la "bondad" de las personas y en el valor intrínseco de las cosas.

Y es tanta la mezcla de supersticiones y el mal uso de las "cosas sagradas" que uno no sabe qué queda ahí de cristiano. Nos excusamos fácilmente: "son buenos", "son ignorantes", "¿qué culpa tienen?"

Lo creo, pero la imagen que nos presentan del cristianismo es que da pena. Una purificación de estas supersticiones se impone, pero ¿cómo?

El primer paso es ser conscientes de ello. Darnos cuenta nosotros, empezando por los mismos Obispos y sacerdotes, de esta realidad, que a veces ignoran o al menos se resisten a aceptar.

Si la Iglesia pide respeto y cultivo de los valores religiosos y morales de otras religiones, conservando lo que en ellas hay de santo y verdadero, aquí el caso es al contrario. Se trata de purificar la fe de los elementos espúreos que se han mezclado, precisamente para que la Verdad de nuestra religión quede más clara y visible.

No vamos a pedir barrer con todo lo que tenga algo de superstición. Nos llevaría demasiado lejos. Los mismos sacramentos están con frecuencia vinculados a estos elementos. Los móviles de bautizar y aplicar misas tienen mucho que ver con la intervención de los espíritus. No vamos a negar el bautismo así por las buenas. Muchas devociones están desviadas, pero son legítimas. Con una catequesis, tal vez acabemos logrando algo.

Otras son supersticiones tan marcadas y evidentes que apenas tienen matiz alguno cristiano. Hacerlas desaparecer, aunque sea difícil, debe ser cosa resuelta.

Pero están el agua bendita, las bendiciones, ciertas oraciones, etc., etc., muchos sacramentales que en sí considerados tienen fundamento cristiano, pero su aplicación, el sentido que se les da, es claramente más perjudicial que benéfico. ¡Para cuántas brujerías usan el agua bendita! Y nosotros se la damos. Cualquier extraño ruido es intervención de un espíritu, y nosotros bendecimos la casa. Y los objetos más variados nos son traídos para ser benditos.

Y las casas las llenan de cuadros, de velas, de altares, etc., todo como puro amuleto, y nosotros lo aprobamos, al menos con nuestro silencio. Porque "¿qué malo tiene eso?", "¿por qué no se pueden lavar la cabeza con agua bendita?" y "¿por qué no vamos a bendecir esas velas?"

"¿Qué culpa tienen los pobres? Son ignorantes." Pues no la tendrán si nadie se la echa. La tenemos nosotros, que lo aprobamos. Que seguimos bendiciendo, que seguimos dando agua bendita... porque eso no es malo.

A veces, porque nos resulta más cómodo. Como otra cosa no podemos hacer, pues les bendecimos las casas, los "ruidos" desaparecerán o no, pero nosotros quedamos tranquilos.

Estas supersticiones son verdaderos lastres para el crecimiento de la fe.

Resumiendo: Si nuestro pueblo tiene fe, es una fe muy infantil, una fe no desarrollada.

Para alcanzar esta madurez en la fe es necesario:

- alcanzar antes madurez humana;
- presentarles un cristianismo auténtico;
- purificarla de todos los lastres adheridos.